



## CAPÍTULO LXXII.

De cómo Don Quijote y Sancho llegaron á su aldea.

TODO aquel día esperando la noche estuvieron en aquel lugar y mesón Don Quijote y Sancho, el uno para acabar en la campaña rasa la tanda de su disciplina, y el otro para ver el fin della, en el cual consistía el de su deseo.

Llegó en esto al mesón un caminante á caballo con tres ó cuatro criados, uno de los cuales dijo al que el señor dellos parecía:

—Aquí puede vuesa merced, señor Don Alvaro Tarfe, pasar hoy la siesta: la posada parece limpia y fresca.

Oyendo esto Don Quijote le dijo á Sancho:

—Mira, Sancho, cuando yo hojée aquel libro de la segunda parte de mi historia, me parece que de pasada topé allí este nombre de Don Alvaro Tarfe.

—Bien podrá ser, respondió Sancho, dejémosle apear, que después se lo preguntaremos.

El caballero se apeó, y frontero del aposento de Don Quijote la huéspeda le dió una sala baja, enjaezada con otras pintadas sargas como las que tenía la estancia de Don Quijote.

Púsose el recién venido caballero á lo de verano, y saliéndose al portal del mesón, que era espacioso y fresco, por el cual se paseaba Don Quijote, le preguntó:

—¿Adónde bueno camina vuesa merced, señor gentilhomme? Y Don Quijote le respondió:

—A una aldea que está aquí cerca, de donde soy natural. ¿Y vuesa merced donde camina?

—Yo, señor, respondió el caballero, voy á Granada, que es mi patria.

—Y buena patria, replicó Don Quijote; pero dígame vuesa merced por cortesía su nombre, porque me parece que me ha de importar saberlo más de lo que buenamente podré decir.

—Mi nombre es Don Alvaro Tarfe, respondió el huésped. A lo que replicó Don Quijote:

—Sin duda alguna pienso que vuesa merced debe de ser aquel Don Alvaro Tarfe, que anda impreso en la "Segunda parte de la historia de Don Quijote de la Mancha," recién impresa y dada á la luz del mundo por un autor moderno.

—El mismo soy, respondió el caballero, y el tal Don Quijote, sujeto principal de la historia, fué grandísimo amigo mío, y yo fui el que le sacó de su tierra, ó á lo menos le moví que viniese á unas justas que se hacían en Zaragoza, adonde yo iba, y en verdad en verdad que le

hice muchas amistades, y que le quité de que no le palmease las espaldas el verdugo por ser demasíadamente atrevido.

—Y dígame vuesa merced, señor Don Alvaro, ¿parezco yo en algo á ese tal Don Quijote que vuesa merced dice?

—No por cierto, respondió el huésped, en ninguna manera.

—Y ese Don Quijote, dijo el nuestro, ¿traía consigo á un escudero llamado Sancho Panza?

—Sí traía, respondió Don Alvaro, y aunque tenía fama de muy gracioso, nunca le oí decir gracia que la tuviese.

—Eso creo yo muy bien, dijo á esta sazón Sancho, porque el decir gracias no es para todos; y ese Sancho que vuesa merced dice, señor gentilhomme, debe de ser algún grandísimo bellaco, frión y ladrón juntamente, que el verdadero Sancho Panza soy yo, que tengo más gracias que llovidas; y si no, haga vuesa merced la experiencia, y ándese tras de mí por lo menos un año, y verá que se me caen á cada paso, y tales y tantas, que sin saber yo las más veces lo que me digo, hago reír á cuantos me escuchan; y el verdadero Don Quijote de la Mancha, el famoso, el valiente y el discreto, el enamorado, el desfacedor de agravios, el tutor de pupilos y huérfanos, el amparo de las viudas, el matador de las doncellas, el que tiene por única señora á la sin par Dulcinea del Toboso, es este señor que está presente, que es mi amo: todo cualquier otro Don Quijote y cualquier otro Sancho Panza es burlería y cosa de sueño.

—Por Dios que lo creo, respondió Don Alvaro, porque más gracias habéis dicho vos, amigo, en cuatro razones que habéis hablado, que el otro Sancho Panza en cuantas yo le oí hablar, que fueron muchas. Más tenía de comilón que de bien hablado, y más de tonto que de gracioso; y tengo por sin duda que los encantadores que persiguen á Don Quijote el bueno han querido perseguirme á mí con Don Quijote el malo.

Pero no sé qué me diga, que osaré yo jurar que le dejo metido en la casa del Nuncio en Toledo, para que le curen, y ahora remanece aquí otro Don Quijote aunque bien diferente del mío.

—Yo, dijo Don Quijote, no sé si soy bueno, pero sé decir que no soy el malo: para prueba de lo cual quiero que sepa vuesa merced, mi señor Don Alvaro Tarfe, que en todos los días de mi vida no he estado en Zaragoza; antes por haberme dicho que ese Don Quijote fantástico se había hallado en las justas desa ciudad, no quise yo entrar en ella por sacar á las barbas del mundo su mentira, y así me pasó de cla-



Abre los ojos, deseada patria, y mira que vuelve á tí Sancho Panza tu hijo.

ro á Barcelona, archivo de la cortesía, albergue de los extranjeros, hospital de los pobres, patria de los valientes, venganza de los ofendidos, y correspondencia grata de firmes amistades, y en sitio y en belleza única. Y aunque los sucesos que en ella me han sucedido no son de mucho gusto, sino de mucha pesadumbre, los llevo sin ella sólo por haberla visto.

Finalmente, señor Don Alvaro Tarfe, yo soy Don Quijote de la Mancha, el mismo que dice la fama, y no ese desventurado que ha querido usurpar mi nombre y honrarse con mis pensamientos. A vuesa merced suplico, por lo que debe á ser caballero, sea servido de hacer una declaración ante el alcalde deste lugar, de que vuesa merced no me ha visto en todos los días de su vida hasta ahora, y de que yo no soy el Don Quijote impreso en la segunda parte, ni este Sancho Panza mi escudero es aquel que vuesa merced conoció.

—Eso haré yo de muy buena gana, respondió Don Alvaro, puesto que cause admiración ver dos Don Quijotes y dos Sanchos á un mismo tiempo, tan conformes en los nombres como diferentes en las acciones: y vuelvo á decir y me afirmo, que no he visto lo que he visto, ni ha pasado por mí lo que ha pasado.

—Sin duda, dijo Sancho, que vuesa merced debe de estar encantado como mi señora Dulcinea del Toboso, y pluguiera al cielo que estuviera su desencanto de vuesa merced en el darne otros tres mil y tantos azotes como me doy por ella, que yo me los diera sin interés alguno.

—No entiendo eso de azotes, dijo Don Alvaro: y Sancho le respondió que era targo de contar; pero que él se lo contaría si acaso iban un mismo camino.

Llegóse en esto la hora de comer, comieron juntos Don Quijote y Don Alvaro.

Entró acaso el alcalde del pueblo en el mesón con un escribano, ante el cual alcalde pidió Don Quijote por una petición de que á su derecho convenía de que Don Alvaro Tarfe, aquel caballero que allí estaba presente, declarase ante su merced cómo no conocía á Don Quijote de la Mancha, que asimismo estaba allí presente, y que no era aquel que andaba impreso en una historia intitulada: "Segunda parte de Don Quijote de la Mancha, compuesta por un tal de Avellaneda, natural de Tordesillas."

Finalmente, el alcalde proveyó jurídicamente: la declaración se hizo con todas las fuerzas que en tales casos deben hacerse; con lo que quedaron Don Quijote y Sancho muy alegres, como si les importara mucho semejante declaración, y no mostrara claro la diferencia de los dos Don Quijotes, y las de los Sanchos, sus obras y sus palabras.

Muchas de cortesías y ofrecimientos pasaron entre Don Alvaro y Don Quijote, en las cuales mostró el gran manchego su discreción, de modo que desengañó á Don Alvaro Tarfe del error en que estaba, el cual se dió á entender que debía de estar encantado, pues tocaba con la mano dos tan contrarios Don Quijotes.

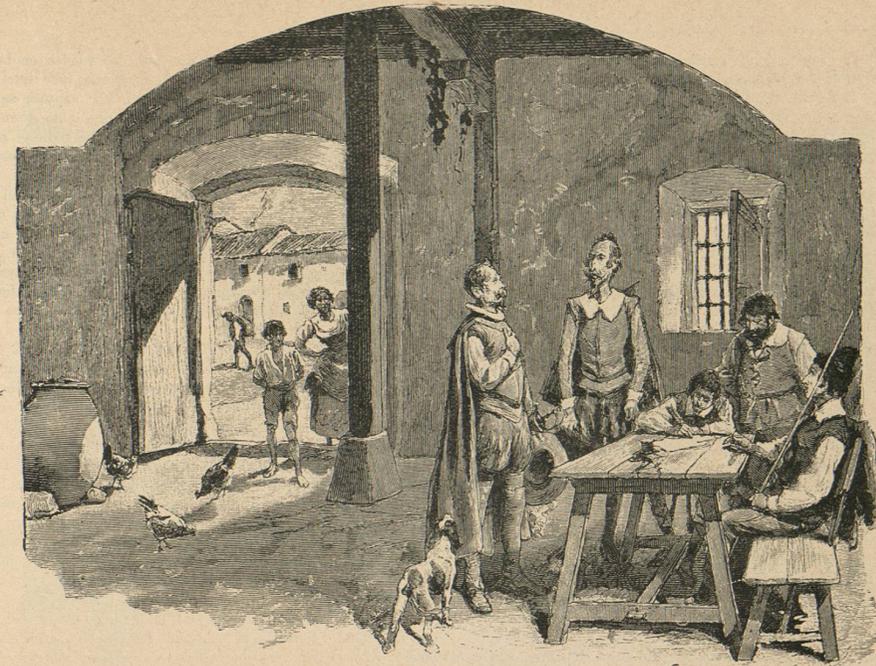
Llegó la tarde, partiéronse de aquel lugar, y á obra de media legua se apartaban dos caminos diferentes, el uno que guiaba á la aldea de Don Quijote, y el otro el que había de llevar Don Alvaro. En este poco espacio le contó Don Quijote la desgracia de su vencimiento, y el encanto y el remedio de Dulcinea, que todo puso en nueva admiración á Don Alvaro, el cual abrazando á Don Quijote y á Sancho siguió su camino, y Don Quijote el suyo, que aquella noche la pasó entre otros árboles por dar lugar á Sancho de cumplir su penitencia, que la cumplió del mismo modo que la pasada noche á costa de las cortezas de las hayas harto más que de sus espaldas, que las guardó tanto, que no pudieran quitar los azotes una mosca aunque la tuviera encima.

No perdió el engañado Don Quijote un sólo golpe de la cuenta, y halló que con los de la noche pasada eran tres mil y veintinueve. Parece que había madrugado el sol á ver el sacrificio; con cuya luz volvieron á proseguir su camino, tratando entre los del engaño de Don Alvaro, y de cuán bien acordado había sido tomar su declaración ante la justicia y tan auténticamente.

Aquei día y aquella noche caminaron sin sucederles cosa digna de contarse, sino fué que en ella acabó Sancho su tarea, de que quedó Don Quijote contento sobre modo, y esperaba el día por ver si en el camino topaba ya desencantada á Dulcinea su señora; y siguiendo su camino no topaba mujer ninguna que no iba á reconocer si era Dulcinea del Toboso, teniendo por infalible no poder mentir las promesas de Merlin. Con estos pensamientos y deseos subieron una cuesta arriba, desde la cual descubrieron su aldea, la cual vista de Sancho, se hincó de rodillas, y dijo:

—Abre los ojos deseada patria, y mira que vuelve á ti Sancho Panza tu hijo, si no muy rico, muy bien azotado. Abre los brazos, y recibe también tu hijo Don Quijote, que si viene vencido de los brazos ajenos, viene vencedor de sí mismo, que según él me ha dicho es el mayor vencimiento que desearse puede. Dineros llevo, porque si buenos azotes me daban, bien caballero me iba.

—Déjate de esas sandeces, dijo Don Quijote, y vamos con pie derecho á entrar en nuestro lugar, donde daremos vado á nuestras imaginaciones, y la traza que en la pastoril vida pensamos ejercitar. Con esto bajaron de la cuesta, y se fueron á su pueblo.



## CAPÍTULO LXXIII.

De los agieros que tuvo Don Quijote al entrar á su aldea, con otros sucesos que adornan y acreditan esta grande historia.

Ala entrada del cual, según dice Cide-Hamete, vió Don Quijote que en las eras del lugar estaban riñendo dos muchachos, y el uno dijo al otro:

—No te canses, Periquillo, que no la has de ver en todos los días de tu vida. Oyólo Don Quijote, y dijo á Sancho:

—No adviertes, amigo, lo que aquel muchacho ha dicho, no la has de ver en todos los días de tu vida?

—Pues bien, ¿qué importa, respondió Sancho, que haya dicho eso el muchacho?

—¿Qué? replicó Don Quijote, ¿no ves tú que aplicando aquella palabra á mi intención, quiere significar que no tengo de ver más á Dulcinea?

Queríale responder Sancho, cuando se lo estorbó ver que por aquella campaña venía huyendo una liebre seguida de muchos galgos y cazadores, la cual temerosa se vino á recoger y agazapar debajo de los pies del rucio. Cogióla Sancho á mano salva, y presentóse-la á Don Quijote, el cual estaba diciendo:

—"Malum signum, malum signum:" liebre huye, galgos la siguen, Dulcinea no parece.

—Extraño es vuesa merced, dijo Sancho: presupongamos que esta liebre es Dulcinea del Toboso, y estos galgos que la persiguen son los malandrines encantadores que la transformaron en labradora: ella huye, yo la cojo y la pongo en poder de vuesa merced, que la tiene en sus brazos y la regala: ¿qué mala señal es esta, ni qué mal agiiero se puede tomar de aquí?

Los dos muchachos de la pendencia se llegaron á ver la liebre, y al uno dellos preguntó Sancho que por qué reñían. Y fuéle respondido por el que había dicho no la verás más en toda tu vida, que él había tomado al otro muchacho una jaula de grillos, la cual no pensaba volvérsela en toda su vida. Sacó Sancho cuatro cuartos de la faltriquera, y dióselos al muchacho por la jaula, y púsosele en las manos á Don Quijote, diciendo:

—He aquí, señor, rompidos y desbaratados estos agieros, que no tienen que ver más con nuestros sucesos, según que yo imagino, aunque tonto, que con las nubes de antaño: y si no me acuerdo mal, he oído decir al cura de nuestro pueblo, que no es de personas cristianas ni discretas mirar en estas niñerías; y aun vuesa merced mismo me lo dijo los días pasados, dándome á entender que eran tontos todos aquellos cristianos que miraban en agieros; y no es menester hacer hincapié en esto, sino pasemos adelante, y entremos en nuestra aldea.

Llegaron los cazadores, pidieron su liebre, y diósele Don Quijote: pasaron adelante, y á la entrada del pueblo toparon en un pradecillo rezando al cura y al bachiller Carrasco.

Y es de saber, que Sancho Panza había echado sobre el rucio y sobre el lio de las armas, para que sirviese de repostero, la túnica de bocaí pintada de llamas de fuego que le vistieron en el castillo del duque la noche que volvió en sí Altisidora. Acomódole también la corza en la cabeza, que fué la más nueva transformación y adorno con que se vió jamás jumento en el mundo.

Fueron luego conocidos los dos del cura y del bachiller, que se vinieron á ellos con los brazos abiertos.

Apóse Don Quijote, y abrazólos estrechamente; y los muchachos que son linceos no excusados, divisaron la corza del jumento, y acudieron á verle, y decían unos á otros:

—Venid, muchachos, y veréis el asno de Sancho Panza más galán que Mingo, y la bestia de Don Quijote más flaca hoy que el primer día. Finalmente, rodeados de muchachos y acompañados del cura y del bachiller entraron en el pueblo, y se fueron á casa de Don Quijote, y hallaron á la puerta della al ama y á su sobrina, á quien ya habían llegado las nuevas de su venida.

Ni más ni menos se las habían dado á Teresa Panza, mujer de Sancho, la cual desgredada y medio desnuda, trayendo de la mano á Sanchica su hija, acudió á ver á su marido, y viéndole no tan bien adeliñado como ella pensaba que había de estar un gobernador, le dijo:

—¿Cómo venís así, marido mío, que me parece que venís á pie y despeado, y más traéis semejanza de desgobernado que de gobernador?

—Calla, Teresa, respondió Sancho, que muchas veces donde hay estacas no hay tocinos, y vámonos á nuestra casa, que allá oírás maravillas. Dineros traigo, que es lo que importa, ganados por mi industria y sin daño de nadie.

—Traed vos dineros, mi buen marido, dijo Teresa, y sean ganados por aquí ó por allí, que como quiera que los hayáis ganado no habréis hecho usanza nueva en el mundo.

Abrazó Sanchica á su padre, y preguntóle si traía algo, que le estaba esperando como el agua de mayo; y asiéndole de un lado del cinto, y su mujer de la mano, tirando su hija al rucio, se fueron á su casa, dejando á Don Quijote en la suya en poder de su sobrina y de su ama, y en compañía del cura y del bachiller.

Don Quijote, sin aguardar términos ni horas, en aquel mismo punto se apartó á solas con el bachiller y el cura, y en breves razones les contó su vencimiento, y la obligación en que había quedado de no salir de su aldea en un año, la cual pensaba guardar al pie de la letra, sin traspasarla en un átomo, bien así como caballero andante, obligado por la puntualidad y orden de la andante caballería; y que tenía pensado de hacerse aquel año pastor, y entretenerse en